



Turismo y antropología: ¿a favor de los viajes plurales?

Franck Michel*

Para citar este texto : Michel, F. (2012) *Tourisme et anthropologie: ¿en faveur des voyages pluriels?* en Bourlon, F., Mao, P., Osorio, M., & Gale, T. (2012). *Explorando las nuevas fronteras del Turismo, Perspectivas de la investigación en turismo*. Coyhaique: Ñire Negro.

Traducción al español : Micaela Denisse Paredes Castillo y Xiomara Rocío Silva González. Estudiantes de la carrera de Traducción/Interpretación en Idiomas Extranjeros, Universidad de Concepción. Noviembre 2020.

Turismo y antropología: ¿a favor de los viajes plurales?

1. Antropología, turismos y sociedades: un breve análisis histórico (INTRODUCCIÓN)

El antropólogo observa, describe, luego escribe, y constata la situación turística que encuentra en su camino. Antes de ser un antropólogo, es turista, y a menudo, las relaciones entre ambos, turista y antropólogo, no son simples, a veces son imposibles, y siempre conflictivas. Para las poblaciones locales es, en efecto, muy difícil distinguirlas: el antropólogo no es más que un turista que permanece por más tiempo en un lugar. Así, en los rincones apartados de Indonesia, el antropólogo (así como también el escritor, el periodista o el sociólogo) es llamado “turista de tradiciones” (*turis adat*), denominación, a fin de cuentas, lógica y respetuosa, pero que no satisface demasiado al principal interesado. Lo sabemos perfectamente bien, el turista es siempre el otro¹.

¹ Con el fin de prolongar la reflexión de esta primera parte, me permito citar mi obra *Désirs d'Ailleurs. Essai d'anthropologie des voyages*, Quebec, Presses de l'Université de Laval, 2004, así como también el texto titulado

Se afirman tres percepciones en el plano cronológico: 1) el turismo es la solución; 2) el turismo es responsable de la aculturación; 3) el turismo actúa como una fuerza perversa de desarrollo (mal desarrollo). Son posiciones bien definidas que; sin embargo, es importante superar con el fin de comprender mejor el proceso de *turistificación* de las sociedades. Tal como actualmente resulta necesario anclar la reflexión de las movilidades alrededor de la globalización (y también de superar la separación clásica entre tradición y modernidad), el turismo ya no puede prescindir de un enfoque realmente pluri y transdisciplinario que incluya las nociones de viaje y de migración en sus acepciones más amplias. No obstante, retomemos las tres percepciones que permiten comenzar el debate.

1. **Desde los años 60, con el surgimiento de la sociedad del ocio en los países ricos e industrializados del norte, la consigna era el “desarrollo internacional”.** La ONU expuso en 1963 que *“el turismo puede aportar y aporta efectivamente una contribución vital al crecimiento económico de los países en vías de desarrollo”*. Los expertos en desarrollo postcolonial y la Unesco, y en la persecución del dinero del Banco Mundial, estiman que el turismo es una de las soluciones más válidas para las economías débiles o frágiles, principalmente en los países del sur. Es la época eufórica, con el espíritu de la edad de oro del capitalismo, donde, a nuestro parecer, el desarrollo y el crecimiento poseen todas las virtudes; es también la hora del turismo de masas y de la llegada de las clases medias a los países del norte.

2. **Entonces, comenzamos a analizar el turismo enfocándonos en la relación entre emisores y receptores. Se produce la aculturación y cada vez hablamos más de los impactos negativos.** Las críticas son severas a partir de los años 70 ante la importancia de la degradación de identidad de las sociedades “afectadas” por el turismo. Considerando la época, son los aspectos principalmente “imperialistas” y neocoloniales que ocupan y, sobre todo, molestan a los analistas, los antropólogos, los sociólogos, etc. En 1974, se crea la revista norteamericana *Annals of Tourism Research. A Social Science Journal*, primera en su género, y aún reconocida e importante en la actualidad.

3. **Los años 70 y 80 son aquellos de críticas: este periodo es decididamente aquel donde el turismo aparecía como una forma perversa de desarrollo. Bajo un ángulo crítico, los libros tratan sobre los problemas inherentes al turismo:** *A new kind of sugar. Tourism in the Pacific* (Finney y Watson, 1975); *The golden hordes. International tourism and the pleasure periphery* (Turner y Ash, 1975); *Tourism, passport to development?* (De Kadt, 1979); *Hosts and Guests* (Smith, ed., 1977 y 1989), etc. Cada vez más, investigaciones y estudios de casos se enfocan ahora en lo que Alfred Sauvy llamó el “tercer mundo” durante los años cincuenta.

En los años 80, los antropólogos quisieron desarrollar los estudios empíricos, tanto a largo plazo como para monografías, entre otros. El turismo es también percibido cada vez más como un factor esencial de cambio social/cultural y de alteración de las costumbres locales. Los análisis sobre el impacto del turismo en las sociedades, sobre todo aquellas llamadas (con o sin razón) “tradicionales”, se multiplican hasta la actualidad.

Hoy, podemos citar (entre muchos otros) dos libros de síntesis, esencialmente con fines educativos (pero que ignoran la complejidad de las temáticas), sobre la antropología del turismo; ambos en inglés. De hecho, se trata de dos introducciones a nuestro tema, es decir, la antropología del turismo. Aquí también encuentra su lugar una tercera obra que es más reciente y está escrita en francés. Esta obra traza un panorama relativamente completo, incluso si se ubica tanto en el campo de la sociología como en el de la antropología propiamente tal:

- Dennison Nash, *Anthropology of Tourism*, 1996.
- Peter Burns, *An Introduction to Tourism and Anthropology*, 1999.
- Saksia Cousin y Bertrand Réau, *Sociologie du tourisme*, 2009.

Los fundamentos de la mirada antropológica sobre el turismo

El turismo, como “actividad postmoderna importante” (M. Crick, 1989), es usualmente abordado como un todo, un sistema global. E. Cohen (1979) y D. Nash han mostrado cada uno que el sistema turístico cuenta con tres componentes:

- el visitante y su cultura (1)
- el visitado y su cultura (2)
- las transacciones y relaciones que surgen entre estas dos partes (3)

(1) el visitante bajo observación: motivación, imaginario y discurso

El investigador y lo observado (el turista) usualmente pertenecen al mismo “mundo” (el “centro”), es este el nivel de análisis más inmediato, y también el más fácil. Sobre este tema, consultamos y nos beneficiamos del trabajo original del sociólogo John Urry (*The Tourist Gaze*, 2002). Él analiza, por ejemplo, el vacacionista inglés y su comportamiento en Blackpool. Esta proximidad cultural, esta familiaridad con el lugar turístico y su cultura, hacen que otras disciplinas cercanas sean esenciales para comprender el fenómeno turístico global: sociología, historia, psicología, ciencia de la educación, sociolingüística, etc. Otro trabajo pionero y más amplio en este ambiente, sobre todo sociológico, es aquel de Dean MacCannell, con *The Tourist. A New Theory of the Leisure Class* (1976). Este investigador norteamericano propuso una interesante lectura del turista y del turismo a partir de *cultural studies*. Entonces, él evoca la esencia de la sociedad capitalista, aquella que precisamente ha engendrado el turismo, y la cual, con la aparición del tiempo libre en la clase obrera, desarrolló igualmente la búsqueda de la autenticidad que se decía perdida durante el desarrollo de la industrialización, la modernidad y hoy, de la globalización (que no se menciona en su obra un poco anticuada). Para comprender al turista, el autor utiliza los modelos y los conceptos de la antropología simbólica, así como también la semiología, como Barthes (1970) con *Mythologies*, o Umberto Eco (1972), antes de él, o incluso en menor medida Marc Augé (1997), después de él, con el fin de revelar las divisiones entre los espacios profano (lo cotidiano) y sagrado (el viaje), entre la vida y la muerte, entre el *ego* y el *alter* etc. Posteriormente, algunos trabajos aportarán justamente en estos aspectos, así como las asociaciones y lazos con la fiesta, el juego, los rituales, los peregrinajes, etc. (Mac Cannell, Graburn, Turner, Cohen, Schwimmer, Edensor, Ebron, etc.). Estos trabajos integrales muestran que la actividad turística puede asimilarse a otros sectores más antiguos o más investigados de la actividad humana.

(2) El visitado bajo observación: reacciones y trabajo sobre la autenticidad

El visitado y su sociedad son (muy inusualmente) considerados como actores propios, en cambio, son considerados como “reactores” frente a los visitantes. Una tendencia importante de la investigación quiso de la misma manera hace mucho tiempo que el “desenvolvimiento turístico” de los visitados se midiera en términos de *autenticidad*, un término recurrente, instrumentalizado y polémico. A menudo, la autenticidad es puesta en escena (MacCannell, Cohen, 1979), lo que implica una fabricación más o menos concertada de una identidad de fachada adaptada y prevista para el encuentro turístico.

Para los visitados, esta “tradición reinventada” (según el punto de vista de Hobsbawn) o esta “*staged authenticity*” (MacCannell, 1973), será interpretada, sea como un debilitamiento o una degeneración (Harkin, Crick, Greenwood), sea como una prueba de flexibilidad o de adaptación de la cultura local/tradicional frente a un contexto inédito o a una interferencia nueva/extranjera (Noronha, Erb, Crystal). De esta manera, la isla de Bali ha sido frecuentemente citada como ejemplo de esta segunda opción, una suerte de destino local positivo de la intervención turística.

(3) la transacción turística: ¿Un encuentro o un desencuentro?

Se encuentran las dos identidades, el visitante y el visitado. Si el visitante está “*out of time and place*” (Wagner, 1997), es porque el orden del mundo visitado, lo desconocido para él, rara vez tiene un significado conocido. Y para calmar este mal que amenaza el encuentro en curso, el visitante acude a representaciones, pero también a clichés culturales y otros. Es esa precisamente la temática de mayor preferencia para los antropólogos: la alteridad, el encuentro, la identidad, la interculturalidad, etc. (Urbain, Amirou, Wood, etc.).

Intentos de teorización vanos o débiles

Erik Cohen, particularmente junto con investigaciones realizadas en Tailandia, luego, por ejemplo, Philip McKean en el caso de Bali en los años 70, se dedicaron (junto con muchos otros) a teorizar los hechos y efectos del turismo, no solo en las poblaciones locales, sino también en los mismos turistas. Cohen, en su artículo *Rethinking the Society of Tourism* (ATR, 1979), replantea las tres partes mencionadas anteriormente. Él hace referencia a una relación más estrecha entre teoría e investigación en terreno, además, observa en los estudios del turismo dos tendencias de base, es decir, un modelo de desarrollo y un modelo de dependencia. Estos fenómenos son para él también dos consecuencias locales del turismo.

Otro artículo más completo (publicado en *Current Anthropology* en 1981) es el de Dennison Nash, titulado *Tourism as an Anthropological Subject* (1981). El autor reconoce aquí la importancia del “sector turístico” (negocio local o no local) que interfiere mucho entre visitados y visitantes. Además, él destaca el hecho de que el crecimiento del turismo se efectúa “de la mano” con el desarrollo industrial y las otras influencias modernas. Entonces, no podemos comprender el turismo sin tomar en cuenta todos los aspectos que lo rodean. Para Nash, no podrá existir jamás una teoría antropológica o de otro tipo sobre el turismo, puesto que este es, *de facto*, un fenómeno social mucho más extenso. Por mientras, a falta de poder teorizar el turismo (y por consecuencia de presentarlo como una “ciencia” o una disciplina por completo), los investigadores continúan con los estudios de caso, cada vez más especializados, y actualmente numerosos alrededor del mundo.

En 1983, Nelson Graburn (en la revista norteamericana ATR) sostuvo que el turismo debería ser estudiado como una manifestación de la necesidad de jugar y de recrearse, él ve en esto una dimensión esencial del deseo de darle un sentido a la propia vida. El turismo sería un ritual secularizado cuyo objetivo es reemplazar los ritos ligados a lo sobrenatural. En 1989,

Malcolm Crick propone una revisión de los estudios turísticos, pero sin una verdadera “primicia”. Según Jean Michaud, las investigaciones en antropología del turismo parecen estancarse entre mediados de los años 80 y mediados de los años 90 (periodo enfocado especialmente en las reediciones y en las compilaciones de artículos). Este campo de investigación está cada vez más fragmentado, incluso ecléctico. Sin embargo, en este mismo periodo (desde mediados de los años 90), el tema del turismo tuvo una mayor presencia en la enseñanza, sobre todo en geografía humana, en gestión y desarrollo. Se han publicado muchos trabajos nuevos, estudios de caso, colecciones especializadas (como *Tourismes et Sociétés*, publicado por Georges Cazes en 1992; o *Tourism Social Science Series*, publicado por Jafar Jafari en 1996), revistas científicas (como *Tourist Studies*, desde 2001, entre otros), etc. A pesar de estos avances notables recién mencionados, el turismo no llega aún a imponerse como ciencia o disciplina autónoma. De hecho, el turismo constituye un campo fractal por excelencia que debe consultar constantemente a diversas fuentes.

El turismo y la importancia del cambio social

Diversos ángulos de trabajo y de enfoque emergen gradualmente y a medida que se realizan los estudios, y más aún cuando la civilización del ocio (y del llamado “¿turismo para todos”?) se extiende más allá de las fronteras habituales de los viajes de vacaciones. Algunos ejemplos:

- Dominantes/dominados, enfoque marxista o de tendencia altermundialista.
- Norte/sur o Centro/Periferia.
- Importancia del turismo como factor de cambio social y cultural.
- Trabajos sobre la identidad, así como también sobre la etnicidad.
- Trabajos sobre el patrimonio, natural y cultural, material e inmaterial.
- Lazos entre turismo y política: Estado, cultura, desarrollo, etc.

El problema existente desde hace una década es que hay muchos estudios que conciernen la gestión del maná turístico y del funcionamiento de la industria turística, pero muy pocos trabajos consecuentes que apuntan a comprender mejor los fundamentos de esta industria prolífica, así como también los efectos y las consecuencias económicas, sociales, culturales y políticas. Hoy, tendemos a distinguir la investigación sobre el *turismo* (desarrollo, relación norte-sur, etc.) y los estudios sobre el *turista* propiamente tal. Sin embargo, este último, más diverso que nunca, cambia radicalmente estos últimos años, tanto para mejor (¿turista solidario?) como para peor (¿turista sexual?). Esta situación, en donde “turismos” en la actualidad se escribe en plural (al menos según nuestra opinión), abre nuevas y bellas perspectivas para futuras investigaciones, principalmente acerca de temas y de nichos por sondear, como turismos alternativos, extremos, de lujo, o incluso, narcoturismo, turismo funerario, *voyageurisme*, *e-turismo*, etc. La era de la movilidad que se alimenta de la globalización liberal ofrece a partir de ahora una vasta gama de estudios para una nueva generación de estudiantes y de investigadores; sin embargo, la mercantilización en curso y la guerra económica que castiga al corazón mismo de la industria turística hacen correr el riesgo de ver mañana (¿u hoy?) cada vez más a investigaciones dejar el ámbito de las ciencias humanas para caer en el horror del único discurso dominante “eficaz”, el cual solo habla de economía, desarrollo y gestión. Si bien cada caso, lugar, habitante o región es evidentemente específico, no es seguro que las poblaciones más preocupadas directamente por el “desarrollo turístico” en sus territorios sean aquellas que se benefician de la presencia más o menos masiva de turistas ya sea, por cierto, locales o internacionales.

2. ¿El viaje al servicio de la antropología?

El viaje es una escuela original del conocimiento, y reducir la problemática del turismo al único impacto negativo de este último no es evidentemente suficiente, y es particularmente caricaturesco. Además, si bien un exceso de rousseaunismo y una crítica radical del turismo efectivamente prevalecieron de vez en cuando en los años 70 y 80, el tema ya no está de moda actualmente, ni siquiera por los representantes de las ciencias humanas más “blandos” (antropólogos), lo que ha sido así desde al menos a mediados de los años 90, a pesar de lo que nos cuentan regularmente algunos historiadores o sobre todo geógrafos, preocupados de obtener una posición social privilegiada gracias a las promesas del liberalismo que nos rodea, incluso que nos deslumbra. El autor de estas líneas parece haber mostrado suficientemente los aportes sin duda residuales, pero decididamente positivos ligados al desarrollo turístico en ciertos países del sur como en aquellos del norte, donde este aparecía, y es importante precisarlo, de manera mucho más destacada. Es indispensable reconocer estos beneficios del turismo para la economía local e incluso para el bienestar de los habitantes de un determinado lugar; así como también lo es admitir que el turismo es, aquí o allá, un factor de alteraciones y pobreza. Al insistir demasiado sobre los famosos beneficios del turismo, lo que muchas veces suscita sospechas, ya que, los intereses económicos están intrínsecamente ligados entre la investigación y los negocios, una gran cantidad de investigadores y de autores llegan a negar la realidad social local. En consecuencia, ellos defienden, ya sea de buena o mala fe, los intereses generalmente colosales de la industria turística y, por ende, también de los inversionistas, la mayoría provenientes de países del norte. En 2011, reflexionar sobre el presente político y turístico de países árabes como Túnez y Egipto, que optaron por un turismo de masa, por decir lo menos descontrolado y cuestionable, es ciertamente educativo respecto a lo que no se debe hacer en el futuro. Sin embargo, podemos preguntarnos si estas lecciones serán solamente oídas, lo que resulta dudoso teniendo en cuenta la codicia y la amnesia de la industria del ocio.

Por otro lado, defender un turismo sostenible o promover el ecoturismo se ha vuelto tan evidente como banal, en cambio, es mucho más delicado comprender otro tipo de turismo que sirva directamente a las culturas y sociedades locales y que esté verdaderamente “liberado” de nuestras mentes aún bañadas de imperialismo cultural, sin siquiera hablar de este capitalismo desvergonzado y ahora sin complejos cuyos ingresos siempre terminan en los mismos bolsillos. En resumen, en el presente contexto de la globalización, si bien resulta importante destacar los verdaderos éxitos en materia de desarrollo turístico y de impulsar vivamente otros, también es esencial revelar las disfunciones y otras desigualdades resultantes esta vez del mal desarrollo turístico. El diagnóstico debe ser lo más completo posible, precisamente con el fin de trazar un panorama más cercano a la realidad turística a la cual se enfrentan cotidianamente los habitantes, aquella de los gestores oportunistas de una industria del ocio próspera pero depredadora.

Como fruto de la revolución industrial y de aquellas revoluciones de transporte, el turismo ha abierto el horizonte del mundo, al menos inicialmente, para los europeos. Ha permitido su acceso a los más privilegiados. Para mejor o para peor, con el paso del tiempo, este acceso estará cada vez más disponible para el común de los mortales atraídos por el otros lugares. Como factor de abertura al mundo, el turismo favorecerá también tanto la diversidad en ciertos lugares como el ensimismamiento en otros, el renacimiento cultural aquí y la folclorización comercial allá. Para bien o para mal, cada pueblo, cada persona, en resumen, cada sitio interactúa como puede (raramente como quiere) con el turismo. Por lo tanto, cada situación, sea buena o mala en términos de desarrollo turístico, es única. Ningún modelo turístico es realmente traspositivo dado que al final siempre depende de los individuos más directamente afectados, aquellos que se benefician y/o sufren las consecuencias de la presencia turística, y deben decidir si seguir o no una u otra vía de crecimiento/decrecimiento turístico.

El turista actual ya no es maniqueo (si quizás lo fue en el pasado, aún hay que demostrarlo); multiplica y diversifica sus deseos de viajar, mezclando sin rodeos la “estadía clásica”, por ejemplo, a orillas del mar y “turismo aventura” más o menos osado.

Su travesía es preferentemente “mixta”: un poco de montaña, un poco de playa, un poco de ciudad, de cultura, de naturaleza, en resumen, un poco de todo. Un rompecabezas para los operadores turísticos, pero un tipo de viaje que refleja cada vez más la imagen de nuestra sociedad. Dejar lo habitual y los hábitos para ir a lo que parece desconocido, huir del agotador mundo del trabajo hacia un universo paradisíaco incluso simbólico. El espíritu y el cuerpo deben recargar energías, por lo que es necesario romper con lo cotidiano, incluso si el lugar de turismo es un club hotelero en una playa donde la vista de las toallas alineadas no tiene nada que envidiar a la imagen de la producción en cadena en una fábrica. Romper sin cortar. Amores pasajeros, salvajismo temporal, excesos más o menos controlados, el tiempo de vacaciones en otro lugar es el tiempo en donde se es otro, donde se nace otro también, aquel donde lo que es formalmente imposible en nuestra casa, se vuelve de un solo golpe extrañamente posible a la sombra de una palmera. Esto también cuenta para las actividades, visitas, etc. De esta manera, será más fácil iniciarnos en el buceo o la escalada durante las vacaciones, o visitar gustosamente un museo de monedas antiguas en algún país exótico, mientras que un museo de la misma naturaleza ubicado en nuestro lugar de procedencia, seguirá siendo desconocido.

Nuestra civilización, saturada de imágenes y tecnología cada vez más avanzada, no ha acabado con el turismo, sino que, al contrario, ha impulsado el deseo de viajar de la mayoría de nuestros contemporáneos. Mientras más acabado parece el mundo, más deseo tienen sus habitantes de recorrerlo, quizás antes de que sea demasiado tarde, como sugiere el periodista noruego Arild Molstad en el título de su libro *Où partir avant qu'il ne soit trop tard?*²(2009). Sin embargo, cabe señalar que nunca es demasiado tarde para llegar al paraíso. El ejemplo de Bali, en Indonesia, que también es terreno del autor de estas líneas, es notable en este sentido. Desde los años 30, viajeros e intelectuales occidentales no han dejado de anunciar el triste fin de este paraíso, arrogándose el privilegio (¡con la ayuda de publicaciones que supuestamente lo confirman!) para ser los últimos observadores prevenidos, además de sus guardianes, para la posteridad, por supuesto. En 2010, más de tres millones y medio de turistas visitaron la isla, que está en proceso de convertirse en un paraíso de las compras sin dejar de ser una residencia divina, algo nunca antes logrado. Y si todo el mundo, o casi todo el mundo está de acuerdo en que "hay demasiados turistas en Bali" y que esto podría matar mañana mismo a la gallina de los huevos de oro, nadie considera cancelar su próximo viaje a la tierra de los dioses. El deseo de movilidad de nuestros contemporáneos a veces se basa en motivaciones muy egoístas. Sabemos que no es muy ético ir a conocer las “mujeres jirafa” en los zoológicos humanos de la frontera tailandesa-birmana, pero los turistas siguen apiñándose en las puertas de las aldeas *turistificadas*. Después será demasiado tarde, los "exóticos" habrán desaparecido o habrán sido asimilados por la fuerza. Por lo tanto, ¡es absolutamente necesario apresurarse! De la misma manera, también podemos votar verde, clasificar nuestra basura, y sin embargo ir, antes de que sea demasiado tarde, a un safari cuestionable en Kenia o visitar una banquisa nórdica en peligro de extinción, con el riesgo de alterar la fauna amenazada o de contaminar un océano que está en apuros.

Una sobredosis de imágenes es también un deseo de partir a la aventura, una invitación al descubrimiento. Basta con ver la carrera que la Unesco parece practicar estos últimos años

² Cf. A. Molstad, *Où partir avant qu'il ne soit trop tard? Compte à rebours pour un tourisme responsable*, París, La Découverte, 2009 (2007). Al final del libro, el autor se pregunta, con razón, sobre este “dilema, ¿ir o no ir?” (en francés en el original), una pregunta persistente cuya respuesta sigue siendo necesariamente compleja y variable.

para "proteger" la máxima cantidad de sitios antes de que estén demasiado destruidos, degradados y/o invadidos por turistas. El acceso a la imagen condiciona el acceso al turismo, lo vemos en la televisión, en el computador o en una revista, el siguiente paso es ir a verlo in situ, en persona. Esta bulimia, no de saber sino de ver, es también la causa de encuentros cada vez más extremos entre turistas ricos y habitantes pobres, es decir, entre los que sacan provecho y tienen acceso, o más bien códigos de acceso al mundo de los viajes, y los que intentan, voluntaria o involuntariamente, aprovechar al máximo la presencia de los visitantes en su tierra, o incluso en sus casas. Las disparidades aumentan junto con los grados de alteridad entre los diferentes mundos que se cruzan mucho más de lo que se encuentran.

En los *havelis* de Rajastán, en los *riads* de Marrakech o en las opulentas villas del sur de Bali, el lujo de los turistas o expatriados contrasta más que nunca con la vida miserable que tienen a su alrededor. Esta es una situación potencialmente explosiva confirmada por la furia local y los robos cada vez más frecuentes. ¿Cómo puede una población visitada así de desvalida, y a menudo explotada (a veces más moralmente que económicamente), aceptar tal desigualdad económica en su propia tierra? La indignación lleva, naturalmente (y afortunadamente) a la rebelión. Los turistas también lo saben, y esta es otra razón para no posponer su viaje. Si el descubrimiento a menudo fomenta la salida y, por lo tanto, el turismo, es porque esconde en su interior todos los ingredientes que favorecen el descubrimiento de los demás, de otros lugares y de uno mismo. La alteridad y la universalidad están en el programa de estos viajes de "descubrimiento", y no necesariamente en los folletos de los operadores turísticos autorizados. Estas permiten avanzar mejor, juntos, solos y en la vida en general.

En definitiva, es con buena voluntad, pero también con un sólido conocimiento en el corazón de nuestros viajes que mañana podremos encontrar el sentido de nuestros pasos, ya no ver, sino observar el mundo con otros ojos, ya no *circular pasivamente*, sino *ir activamente* al encuentro de otros universos. Una mirada más antropológica del mundo es una buena manera de guiar a estos *actores-consumidores* del viaje.

3. Repensando el mundo de los viajes: desvíos antropológicos

Nuestro mundo utiliza las redes sociales, pero todas las cuentas de Facebook en internet no son más que libros sin rostros cuya movilidad virtual sólo se iguala por la inmovilidad intelectual del ambiente. La comunicación ha matado el encuentro, y los "500 millones de amigos" que tu perfil mostrará, examinará o se cruzará en la web son todos posibles enemigos fastidiosos capaces de privarte de una libertad ilusoria de la noche a la mañana, o incluso de privarte de la libertad por completo. Tal vez mañana este tipo de choque sea necesario para que la carretera pueda volver a tener prioridad en la pantalla grande. El mundo exterior vs. El mundo interior³.

El viaje como un ritual

El camino bordea los contornos sinuosos de un sendero aún en formación, aún en vías de ser trazado, escrito, recorrido; mientras que la pantalla, plana, como debe ser, anuncia la llanura lúgubre de una vida sin sabor, una vida a la que se le han quitado los últimos pedazos de elección para conservar sólo los aspectos cómodos y seguros prometidos por la comercialización.

Si perderse está en el corazón del proyecto de libertad que la prueba de ruta guarda en secreto, la rutina mantiene la vida cotidiana del internauta pegado a su pantalla dócil, atornillado a su silla casi eléctrica. En un universo aséptico donde tomar el más mínimo riesgo

³ Esta tercera parte del artículo retoma algunos pasajes del comienzo de mi libro *Voyages pluriels. Echanges et mélanges*, Annecy, Livres du monde, 2011.

significa un coraje inusual, no todo el mundo tiene la libertad de viajar. No porque el viajero libre sea un ser excepcional, para nada, sino porque convertirse en uno forma parte de la lucha por la emancipación propia. Y así, los candidatos para viajar son mucho más escasos. En otras palabras, entablar una conversación con el primo beréber del tendero marroquí de la esquina es más agitado que solicitar participar en programas de televisión más o menos degradantes, a veces con matices racistas y a menudo paternalistas. Nietzsche postuló sus ideas en *El viajero y su sombra* mucho antes de la llegada de la televisión e incluso de las actividades de ocio.

El viaje no es nada sin el encuentro “auténtico” que supuestamente produce y, por lo tanto, nuestro crédulo espectador, que debate sobre la vida de beréberes a un par de pasos de su casa, recorre en su cabeza y en su corazón muchos más kilómetros que el triste individuo que sólo sueña con pasar por lo que alguna vez fue y al final sigue siendo un simple televisor. El viaje es un pretexto, un texto literal, un proyecto de viaje, un deseo de escapar para avanzar mejor, y, por lo tanto, también de regresar, es un acto más físico que literario para encontrar un sentido a nuestra existencia, una razón para vivir y no solo seguir sobreviviendo. El paso de los pensamientos a los hechos no es evidente, y es muy fácil confiar en los comerciantes oficiales de sueños exóticos (delegar es siempre legar), como en el ámbito religioso, muchos de nuestros contemporáneos dan su bendición a los administradores oficiales de lo sagrado que alguna vez logró descifrar Max Weber. Lo sagrado, por cierto, no suele estar distante del acto, si no del arte de viajar.

El *deseo de llegar aquí* que tienen los turistas extranjeros (y también los roms, ¡sin duda!) modera o incluso le quita el *deseo de ir a otro lugar* que tienen nuestros contemporáneos. ¿No es esto una prueba de que uno está bien en casa? ¿Por qué insistir en comprobar si la vida es más bonita donde están los demás si no es para tranquilizarnos? Pero quedarse también es una forma tranquilizarse, es validar el hecho de no descubrir(se) a sí mismo, hacer una jugada segura en lugar de arriesgarse, volviendo a los valores que son seguros, y si no, al menos de seguridad. Arrojar a la carretera equivale a sembrar la duda en uno mismo e incluso a dudar de nuestra casa. Viajar significa buscar, consciente o inconscientemente, respuestas en otros lugares y con otras personas. La traición, la marginalidad, la subversión, la rebelión contra el orden establecido ya están en boca de los sedentarios que juzgan apresuradamente a las ovejas negras que se van. Este (re)tomador de libertades, hasta ahora confiscadas, hace lo que le place y es acusado de no pensar en los demás (aunque espera encontrarlos en el camino) y de olvidar sus obligaciones con su jefe, el Estado, la Iglesia, su familia, etc. Es muy probable que los que lo rodean lo perciban más como un molesto viajero del ego que como un agradable ecoturista. Según el filósofo Thierry Tahon (2005), hoy en día disfrutamos los viajes, *las delicias de una libertad que ha vuelto a ser encontrada, y si dudamos en regresar, es porque entendemos que reanudar una vida normal equivale a renunciar a esta libertad* (en francés en el original). En efecto, el regreso nunca es fácil, la (supuesta) "realidad" se vuelve a convertir liberticida rápidamente, sin mencionar que casi todo el mundo envidiará la libertad temporal de la persona que se atrevió a desafiar el *Grand Système*, término y título de una obra de Georges Balandier, regido en gran medida por la servidumbre voluntaria muy fácilmente consentida de nuestros conciudadanos. Debido a que están adormecidos o dopados por el consumismo anabolizante, ya no son capaces de levantarse y caminar contra la corriente. Sin embargo, es caminando y moviéndose (viajando) que se puede estar de pie y, por lo tanto, rehusarse a vivir de rodillas.

Mientras algunas travesías turísticas pueden ser uniformes, los viajes raramente lo son, ya que estos son múltiples por esencia, no se preocupan por lo singular y sólo se desvían hacia lo diverso. ¿No es el viaje, ante todo, una magnífica fábrica de sueños donde se hacen permanentemente castillos en el aire y locuras para hacer y rehacer? Esta fábrica artesanal que mezcla pasión e imaginación se está transformando o reciclando, bajo los golpes del liberalismo económico, en una industria de turismo racional y actividades de ocio programadas. Sin

embargo, en nuestras sociedades privilegiadas y configuradas en torno a la noción de trabajo, los viajes siguen representando un paréntesis, una pausa, en esencia, un respiro que necesitamos enormemente, ya que corremos el riesgo de asfixiarnos bajo el peso de las obligaciones constantemente acumuladas.

Los viajes, y en menor medida el turismo, nos invitan o incluso nos incitan a romper con la agotadora monotonía de nuestros desgastados estilos de vida. Son una experiencia real que sale de lo común y que altera nuestros hábitos, un acontecimiento que a veces nos sumerge en historias y aventuras desconocidas. Para algunas personas, está claro que viajar es el último recurso para evitar el suicidio. Para muchas otras personas, es sólo el antídoto (con un innegable efecto placebo) para no deprimirse cada mañana de cada día del año. Por lo tanto, el simple hecho de irse, incluso durante las vacaciones, es a menudo un gesto terapéutico que nos concedemos, es también un acto de fe para recuperar la fe en uno mismo. Sólo para estos últimos puntos, el sistema de seguridad social debería considerar la legitimidad de remunerar a las personas saludables, pero que ya son potenciales pacientes, enviándolos de viaje en lugar de medicarlos.

¿No es sorprendente observar la alegría de vivir del pueblo gitano, esos "viajeros" tan sedentarios y, sin embargo, perseguidos, acosados, agredidos y expulsados de cada intersección de las carreteras principales? Los gobiernos europeos deberían consultar y contratar a los romaníes, y a otros nómadas, para ayudar a los europeos a encontrar el sentido común cerca de casa, el buen ánimo lejos de la moral nauseabunda, en resumen, el gusto por la vida incluso bajo restricciones o crisis. En cambio, nuestros líderes, que se apoyan detrás de la *eurofortaleza*, los enumeran, los archivan y los espían, como muestra la reciente lista de MENS (Minorías Étnicas No Sedentarias). En resumen, todo un programa con tonos que son dudosos, por decir lo menos, y cuya dimensión humana probablemente todavía no logro entender.

En todas sus formas, bellas, rebeldes y plurales, el viaje es, sin duda, una fuente inagotable de felicidad hacia la que nuestros contemporáneos deben inclinarse si no quieren caer demasiado rápido desde la cima. Lo cierto es que, por el momento, los viajeros desorientados, como los *marins perdus* de Jean-Claude Izzo (1997), al igual que los que siguieron el camino del difunto Bernard Giraudeau, forman pasajeros cada vez más desorientados cuya confusión no tiene nada que envidiar a ciertos viajeros clandestinos con múltiples destinos, ya sea que se encuentren en puertos o radas, a menudo varados en playas arenosas o flotando en una boya salvavidas.

Es bien sabido que, a riesgo de ser demasiado convencional, "el viaje forma a la juventud"; una idea un poco menos discutida es que la conquista de otros lugares no puede prescindir de la búsqueda del yo. La búsqueda vale más que la conquista, por lo que uno también puede (y esta es una buena opción) quedarse en casa, ya que *irse* (para ver otro lugar) o *expatriarse* (para dejar al padre y la patria) no es una obligación sino una decisión, un deseo, una necesidad, incluso un escape o una estrategia. Al incorporarse al mundo, todos eventualmente se forman, se reforman, y por desgracia a veces también se distorsionan, a lo largo de la vida. Los marineros con sus veleros y las religiosas con sus velos lo han entendido bien, para revelarse, de hecho, no hay nada mejor que partir. Nos alejamos para atravesar una etapa, una etapa que esperamos que sea buena, naturalmente. El viaje siempre ha sido un rito. No se regresa ileso de un viaje, ya sea bueno, regular o malo. Efectivamente, algunas personas se ven distorsionadas por su uso o intermediario, y el encuentro con uno mismo también puede ser desastroso. Entonces, viajar da paso al desgaste del mundo, de un mundo que no es o ya no es la imagen que uno se ha dado de los viajes. La culpa es de la vanidad, pero también del exotismo y de nuestros sueños de infancia y otras fantasías coloniales o neocoloniales transmitidas por una literatura demasiado segura de sus orígenes, desde el exótico Kipling a los neoaventureros en busca de hazañas, o desde Marco Polo a Tintín.

Dicho esto, la experiencia de viajar no solo abre el horizonte, sino que también amplía el campo de posibilidades. La experiencia cultiva este campo irrigándolo simultáneamente de *forma diferente y en otro lugar*, desafía nuestra forma de pensar, ser y hacer, nos invita a deshacer mucho más que hacer, para mañana rehacer. Es un formidable laboratorio para iniciar otros caminos: ecológicos, filosóficos, espirituales, económicos y también políticos. Sin embargo, cada viaje que se emprende es, en primer lugar, un viaje al fondo de uno mismo. Por un lado, ya sea que el destino elegido sea el bar local o el Monte Fuji en Japón, el viaje exterior no oculta el viaje interior que lo subyace. Por otro lado, y a pesar del discurso convencional de la industria turística, no es la *lejanía* lo que nos fascina, sino *lo desconocido*. Lo primero es generalmente sólo un pretexto para llegar mejor al segundo, que, por cierto, puede estar muy cerca. Cada viaje, como una experiencia no ordinaria, que puede incluso convertirse en una aventura extraordinaria, es una rica porción de la vida. Solo hay que ver la extensa literatura de historias de viajes que ocupan los estantes de algunas librerías o casas, periódicos, narraciones y ahora blogs que intentan continuar la aventura del terreno a través de la escritura. Si el ego es el centro de este proceso, un verdadero ritual que da sentido a las tribulaciones de la estacionalidad turística, el hecho de contar el viaje “propio” contribuye en gran medida a perpetuar el espíritu del viaje en una vida diaria (re)trivializada. ¿Los escritores viajeros, principiantes o establecidos, son primero viajeros o escritores? Recordamos la famosa frase de Nicolas Bouvier (2008), orfebre del tema, *a menudo tenemos más beneficio al leer a los viajeros que escriben que a los escritores que viajan* (en francés en el original). El debate, que es recurrente, aún no está resuelto, ya que ambos lados se mantienen firme en su posición como lo harían a los pies de un volcán cuya cima quieren conquistar. Tanto si se embarca en la escritura como si cae en la aventura, al *viajero* le preocupa, sobre todo, no reducir su condición móvil al mero estado de *alguien que ha viajado*. Si no le gustan los límites, el viajero puede sin embargo ser alguien estrecho de miras, a veces traza su ruta como un guía que sigue su itinerario marcado, o incluso como un guardabosques que delimita un terreno.

La obsesión por el objetivo descuida el interés esencial del camino. Sin embargo, es al estar confundidos que encontramos el sentido común, es gracias a la desventura que la aventura conserva su poder, y es también al tomar riesgos que medimos los problemas que evitamos. Afortunadamente, los viajes iluminan más a menudo de lo que ciegan. Iluminan el camino de la vida de aquellos que, hasta entonces, sólo habían recorrido el vía crucis.

Este viaje formativo distorsiona felizmente nuestra visión del otro y de los lugares lejanos, una visión demasiado formateada por nuestra sociedad (la de los dominantes) y nuestra historia (la de los vencedores). Irse no es necesariamente huir, sino negarse a dejarse instrumentalizar por un discurso preconcebido, rígido, unilateral, nacional, incluso universal. Irse es prepararse para poner en perspectiva lo que creíamos saber, ver con otros ojos, *comprobar* para luego conocer mejor, y probar de manera diferente los sabores plurales que descubrimos en nuestro mercado mundial.

Con la globalización, el mundo de los viajes se ha transformado hasta el punto de que ahora partimos para volver mejor, o nos mantenemos conectados día y noche a pesar de estar más en casa, encerrados en una prisión mental o de identidad, incluso cuando estamos en las profundidades del Amazonas, Papúa Nueva Guinea o la aglomeración de Seine-Saint-Denis. Sin embargo, el viaje requiere dejarse llevar intrínsecamente, es el lugar y el momento en el que la vida ordinaria puede convertirse repentinamente en una experiencia extraordinaria, gracias al encuentro con otras culturas y poblaciones, pero también con lo desconocido, lo impredecible, lo inconmensurable. Tal cambio parece generalmente decisivo y rico en enseñanzas, un choque traumático y/o terapéutico permite avanzar en el camino propio, ¡para bien o para mal!

Los adeptos al viaje a-turístico, como los nómadas perseguidos por todas partes, viven en el espacio del mundo más de lo que lo ocupan. El espacio a menudo decide el modo de vida,

e incluso en la era de la movilidad, *vivir* en ella hace que sea más fácil conocerla y aceptarla que *moverse* en ella. Un viaje que no sería más que un desplazamiento sólo interesaría a las "3 M" (por sus iniciales en francés) que tanto han devastado el planeta en los últimos siglos, los misioneros, militares y comerciantes. En 2010 no viajamos como lo hacíamos en 1850, 1950 o incluso 1990, la era digital, la revolución informática y la revolución del transporte han cambiado la situación.

Los Bouvier, Chatwin o London, y otros como Kerouac, Theroux o David-Néel, pero también Malaurie o Lévi-Strauss (1955), difícilmente harían el mismo *uso del mundo* que en sus respectivas épocas. *L'anatomie de l'errance* y *L'appel de la forêt* ilustran una forma de ser y de pensar en desuso, a punto de desaparecer por falta de combatientes, de tanto ser agredidos y combatidos por la ideología dominante, la del progreso, el crecimiento, el desarrollo, en resumen, el economismo destructivo. Por otro lado, el destino de los san en África, los zo'és en Brasil, los jarawa en la India, los romaníes en Europa, los indocumentados y los refugiados de todas partes, lo atestiguan con aversión en todos los rincones de la tierra, esta tierra cada vez más confiscada por los poderosos. Los *Tristes trópicos* nunca han estado tan tristes. Tristes, ciertamente, pero sobre todo en estado de extinción para ciertas poblaciones y regiones. Todos los trópicos sufren un cáncer que corroe lo local antes de alterar lo global donde, en medio de la indiferencia prevaleciente, lo trágico se roza con la tragedia todo el tiempo.

En este contexto de desintegración social muy general, donde el hombre se convierte (o vuelve a convertirse) en un lobo para el hombre, el viaje aparece como una huida, una evasión, un territorio móvil de refugio. Viajamos para refugiarnos como los chechenos perseguidos por la milicia de Putin, o el empleado francés de France Télécom que regresa al hotel club en Túnez durante el periodo de vacaciones. Cada uno intenta sobrevivir a su manera. Nos preguntamos ¿por qué venir al mundo con el único objetivo de no dejarlo demasiado pronto? Desde que nacemos, se trata de luchar contra un sistema que no funciona, de obrar de la mejor manera para no dejar únicamente rastros vacíos de un paso demasiado breve por el planeta Tierra. Bajo las querellas de los rapaces de la globalización liberal, esta lucha por el solo derecho de existir se complica, como pueden testificar dramáticamente los bebés albaneses concebidos para servir a la industria mundial del sexo, o más frecuentemente, los pequeños niños kurdos, chinos, malienses, o senegaleses, sin olvidar a los rom que cometen el error de no tener un territorio nacional o de origen claramente definido, y peor, que no desean tenerlo. Últimamente hemos olvidado los trabajos pioneros de Gilles Deleuze (1980) o de Pierre Clastres (1974), sin embargo, la *desterritorialización* al igual que las *sociedades apátridas* no son ideas anticuadas o del pasado, sino que están irrigando los nuevos espacios del futuro, y algunas veces los patios de juegos exóticos de los turistas en busca de un mejor vivir.

Slow travel vs Fast Trip

La lentitud, respeto, ecología y decrecimiento se imponen "naturalmente" a quién esté dispuesto a dejarse guiar por el sentido común, aquel de un viaje verde y al mismo tiempo abierto. De hecho, es en dirección al Oriente, con su espiritualidad y sus misterios insondables demasiado famosos, que los turistas buscan a menudo orientarse de otra manera. Volver a darle un sentido a sus vidas, a sus caminatas nómadas en el mismo lugar y a sus enfoques políticos para volver a casa. Un viaje auténtico, ya sea un paseo al fin del mundo o solamente una ida al final de la calle, es ante todo un viaje íntimo e interior.

Un verdadero despojo y formas de simplicidad voluntaria son indispensables para esperar acceder a lo esencial. Despojarse para aligerarse, pero también para no ser despojado. Caminar es ciertamente la mejor opción para alcanzar este estado de levitación y de

apaciguamiento, de recogimiento e igualmente de regreso a uno mismo. En un ensayo dedicado a la caminata, Frédéric Gros (2009) destaca que esta actividad no es un deporte y que caminar, antes que nada, “es estar fuera”. En todos los sentidos de la palabra. Sobre todo, ya sea a pie o no, se trata de preferir lo esencial a la urgencia y el ser a tener o parecer, de buscar el equilibrio en lugar de control.

Nuestros deseos además se inscriben en una voluntad de cambiar de aire, migrar o deshacer. Son una respuesta, a veces un pretexto, al malestar de una sociedad occidental que está de cabeza. La “convivencia” debilitada en nuestros países templados revive de alguna manera cuando los turistas llegan a posarse bajo las palmeras, ciertamente más o menos podridas, pero que aun así nos hacen soñar.

En una época donde el zapping se ha establecido como un modelo de supervivencia, además de virtud, el viaje aparece como una de las últimas oportunidades en la que podemos encontrar a los demás, como también a nosotros mismos. No así el turismo, a pesar de los investigadores que ocupan el espacio de la investigación geográfica y que son tan sensibles a las sirenas del liberalismo turístico. . En este sentido, el viaje es el antídoto por excelencia contra la deshumanización, el mercantilismo o incluso la inmersión en un mundo virtual que domina a los sedentarios de todas partes. A pesar de ser una moda forzosamente estacional que dedica todas sus virtudes a la ética, percibimos que, en el vasto sector de las movilidades del ocio, sobre todo cuando hablamos de masas y de playas, hay una fuerte persistencia de los “parásitos” de un turismo que quisiéramos fuera más ético, tal como el capitalismo verde y su greenwashing que está muy de moda. De cierta manera, ética e imitación barata.

Mediante el viaje, el sur emerge a partir de los responsables de la toma de decisiones y consumidores del norte. Así, el viaje también representa una manera radical, pero constructiva, sin olvidar que antes de construir, también es importante deconstruir, de replantear la vida, el planeta y la política. El decrecimiento, junto con la autonomía y el nomadismo (y, por tanto, con mayor razón el *autonomadismo*), tienen características que intercambiar y mezclar con el viaje. De los frutos de estas interacciones y conexiones nacerán otras formas de movilidad alternativas e innovadoras por las que se respetará y valorará la preservación de los entornos humanos, culturales y naturales mucho más que a través de los discursos arreglados de los operadores turísticos y otros organismos turísticos oficiales. Sin embargo, se necesitará coraje político, por cierto, escaso en esta época de malos tiempos, incluso si una verdadera crisis en el ámbito político ya no puede ser totalmente descartado.

¿Se encuentra el viaje suspendido en un planeta infestado de redes (llamadas un poco apresuradamente) sociales, pero igualmente dedicadas en gran parte a una empresa de *disneylandización* sin precedentes? Tanto la uniformización como la globalización libran una feroz batalla en los litorales y sitios culturales del mundo, a veces sin siquiera invitar a esta lucha a los autóctonos alentados a permanecer en su lugar. El turismo, como actividad temporal o estacional de ocio, ha reintegrado en nuestras vidas entregadas al mundo del trabajo, espacios para jugar, soñar y regresar a la infancia, pero también ha reintegrado imágenes de guerra. Durante mucho tiempo, el turismo ha sido y continúa siendo percibido como una entrega momentánea. Liberarse un tiempo del trabajo significaba partir un momento a la playa, disfrutar con la familia al fin reunida, sin la presencia de colegas o del jefe. En este sentido, la industria del recuerdo permitía extender las vacaciones una vez de regreso a la fábrica o la empresa. Asimismo, el hecho de regresar bronceado al lugar de trabajo, a una reunión familiar o junta en un café atestiguaba eficazmente el viaje de vacaciones generalmente estival. Además, la piel bronceada funcionaba como un tatuaje, como un recuerdo (bastante) duradero

fijado en la piel. Con el paso del tiempo y con el aumento de vacaciones pagadas, el culto al cuerpo será progresivamente reemplazado por una verdadera cultura del cuerpo.

En cuanto a la historia de las movilidades, es el reflejo de la relación que mantenemos con el mundo, tanto con los otros como con nosotros mismos. Actualmente, la doble fantasía muy a la moda en Occidente consiste en ser, al mismo tiempo, *turista en nuestra propia casa* y *autóctono en casa ajena*. Un don de ubicuidad difícil de conseguir cuando no hay que olvidar vivir.

Una agitada historia del viaje

Como fruto de la revolución industrial y de transporte, el turismo ha ampliado el horizonte del mundo, al menos al comienzo y en primer lugar para y por los europeos; luego, permitió el acceso a las clases más privilegiadas. Para mejor o para peor, con el paso del tiempo este acceso estará cada vez más disponible para el común de los mortales atraídos por la emoción de otros lugares y, antes de eso, por el aroma del mar. Como factor de apertura al mundo, el turismo favorecerá también la diversidad en ciertos lugares, así como el ensimismamiento en otros, el renacimiento cultural aquí, como la folklorización comercial allá. Para bien o para mal, cada pueblo, cada persona, en resumen, cada sitio interactúa como puede (raramente como quiere) con el turismo. Por consiguiente, cada situación, sea considerada buena o mala en términos de desarrollo turístico, es única. Ningún modelo turístico es realmente traspositivo dado que al final siempre depende de los individuos más directamente afectados (aquellos que se benefician y/o sufren las consecuencias de la presencia turística) decidir si seguir o no esta o aquella vía de crecimiento o de decrecimiento turístico.

Si para Montaigne el viaje ya era un “ejercicio provechoso”, Rabelais lo convirtió en un acto más libertario, resumido en la famosa expresión “*fay ce que voudras*” (“haz tu voluntad”). Ésta es la época “moderna” a lo largo de la cual la *peregrinación profana* no vendrá a reemplazar, sino a completar la *peregrinación sagrada* como forma de movilidad ligada al descubrimiento. Por la gracia del viaje, el humano será invitado poco a poco a la mesa de lo divino, y el paraíso, ya no estará más únicamente en la dimensión espiritual, sino también, en la geográfica. Desde la Edad Antigua hasta la Revolución francesa, viajar significaba antes que todo “desplazarse” y el tema predominante involucraba principalmente a los métodos de desplazamiento, es decir, el transporte. Viajar era, ante todo, transportarse a otro lugar.

En la Europa del siglo XVIII, viajar era una prueba, pero también una oportunidad para abrirse al mundo. El historiador Daniel Roche explicó cómo los viajes de la época respondían a las realidades locales, en concreto, lentitud en los desplazamientos, movilidad limitada y métodos de transporte costosos.

Diferentes formas de movilidades se cruzan y coexisten, entre ellas, matrimonial, profesional, universitaria, religiosa, guerrera, comercial y diplomática. En esta época, las migraciones estacionales, así como la dependencia hacia los elementos naturales, eran omnipresentes. Debido a la ausencia de mapas, los viajeros se perdían en el camino, en el bosque o en la montaña; aun cuando las primeras “guías” de viaje impresas dedicadas a las peregrinaciones a Roma, Jerusalén y a Santiago de Compostela existían desde el siglo XIII. Encontrar el camino correcto era el primer objetivo a alcanzar. De esta manera, muchos peregrinos se extraviaron sin dejar rastro, algunos pocos viajeros encontraron el camino de regreso a sus casas o pueblos luego de semanas o, en ocasiones, después de años. En la época del GPS y Google Earth, este miedo a perderse no tiene ningún sentido actualmente, si podemos decirlo así. Sin embargo, el miedo permanece, pero cambió de rostro.

Anticipando al Romanticismo, el Siglo de las Luces permitió el redescubrimiento de la caminata, revalorizada de hecho por los “bubos” de la época, es decir, eruditos, aristócratas, filósofos y escritores (aunque la bohemia rimbaldina o la burguesía de la revolución industrial aún no existían).

A lo largo de la historia de la humanidad, el discurso sobre la alteridad ha forjado nuestra relación con el mundo. Junto con los relatos de los exploradores del siglo XVIII, como, por ejemplo, el de Bougainville y de Commerson que describen el Pacífico sur, lo que cambia es la visión sobre el otro. La Ilustración viene a iluminar el exotismo bajo un nuevo día donde la fascinación, fantasía, atracción y erotismo serán las expresiones de otros lugares, a partir de este periodo, más soñados que temidos. Rousseau completará este cuadro ilustrando la bondad de lo salvaje o incluso la belleza de la naturaleza. Una belleza que se fortalecerá con los románticos alemanes y el romanticismo artístico, sin más. A partir de este hecho (naturaleza deificada y zoológicos humanos) el deseo de descubrimiento, de novedad y de experiencias inéditas viene, ciertamente con lentitud, a superar el miedo a lo extranjero o el horror de lo salvaje (y mucho más tarde del “ser humano no civilizado”).

Sin embargo, los estereotipos, ya sean de la educación judeo-cristiana o de la ideología del progreso, permanecen severamente clavados en las cabezas como lo demuestra la ciencia positiva versada en la fe completamente dedicada a la razón y, por supuesto, la corriente evolucionista (con sus múltiples variaciones de discurso sobre la desigualdad de las “razas”) que aún en la actualidad conserva partidarios, de los cuales la mayoría, sin duda, se encuentra sentada a la derecha de Dios. No obstante, el deseo de conocer se abre paso, y el viaje es una de las vías de acceso a lo otro, con respecto a este último.

A lo largo de la historia y con el desarrollo de las vías y medios de comunicación (principalmente las rutas), los controles también se imponen. En la Edad Media, la gente ni siquiera circulaba más allá de los límites del pueblo. Sin embargo, a partir del siglo XIX, gracias a la triple revolución (de transporte, industrial y política), el flujo se multiplica, en particular los desplazamientos desde los campos hacia las ciudades. El miedo aumenta con la velocidad y la distancia. De esta manera, en 1650 se necesitaban alrededor de 15 días para conectar París con Estrasburgo; en vísperas de la revolución, en 1788, no se requería más de 5 días. Con el progreso, se redujeron las distancias, controlando así el tiempo, y en el 2000 no tardaba más de 4 horas y media en conectar Estrasburgo con París (esta vez en tren); luego, con la llegada del LGV Este, actualmente tarda 2 horas y 20 minutos. Entonces, cada vez es más rápido. Una carrera en el tiempo donde sabemos qué se gana, pero no siempre sabemos lo que se pierde. Junto con este aumento de la velocidad, los controles también deben adaptarse, aunque signifique mordisquear las libertades individuales. Entre más se desplaza la gente, más atenta está la policía.

Desde el salvoconducto hasta el pasaporte, los papeles vendrán a obstaculizar la libertad de circulación. En 1837, por ejemplo, la *loi de vicinisation des chemins de France*,⁴ junto con la implementación de funciones de guardabosques y peón caminero, *supervisarán* los campos con el objetivo de garantizar una mayor seguridad, pero también de vigilar el número de visitas y las instalaciones.

Los estados siempre temen a la movilidad, la oposición nómada-sedentaria es un doloroso recordatorio de ello, y el viaje es considerado como un ser corruptor. ¿No decimos regularmente, tanto ayer como hoy, que el viaje promueve la indisciplina? La figura del

⁴ Ley de uso de los caminos vecinales de Francia.

desertor es aquí emblemática, pero también el fugitivo, el guerrillero, etc. Todos estos refractores al encierro y al adoctrinamiento representan un potencial peligro para los sedentarios y aquellos que los dirigen, es decir, el Estado, los empleadores, la Iglesia, etc. Más adelante hablaremos de los refugiados, exiliados, inmigrantes, indocumentados, etc. Las amalgamas son fáciles y ciertamente prácticas. Las denominadas fuerzas del orden están presentes para llevar por el buen camino a estos errantes cada vez más polifacéticos. Para abrirse paso al corazón de este universo errante, y sobretodo distinguirse de las formas nómadas susceptibles de cuestionar el estilo de vida occidental muy establecido, el turismo buscará todas las razones del mundo para legitimarse y adecuar sus actividades conforme a la ideología del ocio basada en la ideología del trabajo. La historia de nuestra cultura atestigua la inserción del viaje en nuestro imaginario. En este sentido, nuestra herencia occidental es al menos doble. Es preciso agregar importantes factores de las tradiciones greco romanas y latinas a la omnipresencia, consciente o no, del monoteísmo (Caín y Abel, por ejemplo). De esta manera, la clásica dicotomía griega, donde tenemos por un lado a *Hermes/Dionisio* (viaje, placeres, diversión), y por otro lado a *Hestia/Afrodita* (hogar, belleza, amor), va a precisar y sobre todo a modelar la distinción tan opresora hasta la actualidad entre el hombre (activo) y la mujer (pasiva). Lo masculino se separa de lo femenino y viceversa, el primero tiene por función ocuparse del viaje, del descubrimiento, del intelecto, mientras que el segundo no puede asumir otra función que la acogida, la hospitalidad, lo sensorial. Siendo el hombre quien se va y entonces también quien debe ser (bien) acogido. Así ha sido nuestra educación occidental desde, al menos, hace tres milenios. Este antiguo patriarcado ha arraigado profundamente las entrañas de nuestra cultura occidental.

Un pensamiento binario está en marcha. Aquí es la oposición hombre-mujer, en el ámbito religioso será cuestión de división entre el cuerpo y el espíritu o de la separación entre el bien y el mal. Otras culturas del mundo no han llegado a esto, los puntos de ruptura para ellas se encontrarán en otros lugares, y son precisamente las aventuras lejanas del occidente que permitirán la posibilidad para algunas de ellas de ver para saber, sino para creer. No obstante, aprender siempre ha sido más difícil que tomar, y lamentablemente para los pueblos derrotados, estas “misiones” denominadas “civilizadoras” han invertido mayoritariamente en el ámbito de la evangelización de las almas, de la pacificación de los cuerpos, quizás demasiado armada, sin olvidar la colonización de tierras. Poco a poco, como lo atestigua el sangriento siglo XX, el otro y los otros lugares se convirtieron en territorios falsamente neutros donde se confrontaron y afrontaron los ejércitos de soldados, religiosos, comerciantes, todos en busca de nuevos y prometedores mercados.

La industria turística aprendió esta lección de sus antecesores poco gloriosos e integró este campo de batalla desde la segunda mitad del siglo XX, con su punto más alto de “crecimiento” a partir de mediados de los años 70. Otra realidad es que el viaje es también un encuentro de géneros. Es gracias a la mujer que “el hombre que camina” a menudo logra avanzar, incluso redimirse. Desde comienzos del siglo XX, Jack London proclama en su obra *En pays lointain* que la mujer no es la gran carencia de este mundo que creemos masculino demasiado pronto, sino que es la aventura. El escritor describe también que este “desprecio hacia las mujeres”, título de una de sus novelas (*Mépris des femmes*), que caracteriza ciertamente al universo masculino que vacila al menor movimiento de lo femenino. Ya sean aventureras en crinolina o mochileras actuales, si las mujeres no arrastran sus polainas por las carreteras tanto como los hombres, su coraje ante la adversidad, como lo atestigua la literatura del viaje, es a menudo mucho más impresionante.

Las batallas por la emancipación femenina son múltiples. Una ecologista y feminista india Vandanna Shiva (1998), explicó el peso de dos pilares de la modernidad occidental, el conocimiento científico y el desarrollo económico, y su lugar en la continuidad del proceso de la colonización. Las mujeres desafían este orden que no tiene nada de eterno. Ellas proponen una alternativa creíble a la “pretensión universal de la ideología patriarcal”, no para sugerir una tendencia diferente o nueva a la universalidad, sino para fomentar la diversidad. De la misma forma, las mujeres, especialmente en la India, promueven un concepto alternativo de la no violencia como poder, y no el concepto dominante de poder como violencia. Un turismo más gestionado por las mujeres, entonces también repensado considerando el punto de origen, seguramente traería proyectos alternativos y sustentables, tanto más lejos como más cerca de las comunidades locales.

La búsqueda de un espacio nuevo, que se hace llamar “vital”, por ejemplo, tiene todas las oportunidades de apoderarse en menor o mayor grado de un territorio ya ocupado por otros. Y la guerra es el resultado lógico del proceso para llegar a su fin que, como sabemos, justifica todos los medios. En cierto modo, comparado con el turismo, el campo de batalla de los militares en busca de nuevos territorios es el equivalente, ciertamente un poco más pacífico, pero más insidioso también, del patio de juegos más o menos exótico de los visitantes con shorts floreados. Pero el espacio de algunos no es el de otros, su noción diverge en función de su contexto civilizacional. El mismo término de *espacio* debe distinguirse de sus propias muestras de espacio, en resumen, *lugar, sitio, rincón, ubicación*. En el mundo anglosajón separamos claramente y de la misma forma los sentidos de *espacio* y *ubicación*. Si recurrimos al psicoanálisis percibimos cuánto y cómo el espacio ocupa permanentemente nuestra cotidianeidad, tomamos un rumbo o pasamos una etapa, nos *ex-patria-mos* para huir de nuestro país mal amado o de un padre demasiado incómodo (incluso nos comunicamos con *ultra-madre*, un territorio aún virgen), estamos *desorientados*, en busca del oriente entonces, o más trivialmente, incluso directamente *al oeste*.

La sabiduría del viaje consiste precisamente en no volverse intelectual ni demasiado sabio. Es quizás cuando no se es sabio que el rito de paso efectúa toda su magia, el viaje de fuga o de ruptura es un perfecto ejemplo de esto. Abrirse paso y ver el paisaje forman parte intrínsecamente de prácticas nómadas, pero de ahí a creer que todos los países son sabios, es otra historia. Tanto como para tener estatus como para disfrutar de la naturaleza, la administración de terrenos aparece rápidamente en este juego. Para acomodar el espacio hay que ordenar a la gente, las cosas y los lugares. Invertir en un lugar significa cambiar de ubicación pero también de rol. Y velar bien por ordenar a las personas antes de arreglar el espacio nos permitirá mudarnos mejor a otros lugares. El consenso ligado al término “*gestión territorial*” finalmente no está lejos del concepto “dirigir”.

Con el tiempo, y más seriamente, el espacio ya no es solo un dato geográfico sino primeramente un dato social y humano. Tomemos como ejemplo la noción en occidente y oriente, y comparemos ambas culturas.

Para los griegos, y también para la cultura occidental en su conjunto, existen cuatro elementos esenciales y cuatro puntos cardinales. Estos son tierra, fuego, agua y viento; y norte, sur, este y oeste respectivamente. La fractalidad o fragmentación del espacio es una evidencia, y dirigirse a algún lugar es necesariamente alejarse de casa, del corazón del espacio habitado, de ahí la simple idea de que los occidentales, tanto por su historia como por su geografía, están constantemente como Sísifo unido a su roca, empujados a ir a visitar a los vecinos para ver si el pasto es más verde allí, y por qué no mudarse con ellos. Esto a veces requiere desalojarlos primero. Las no tan piadosas cruzadas, los “grandes descubrimientos” (¿grandes para quién?),

las ideologías coloniales e imperialistas, la guerra fría, la cooperación, etc., son sólo ejemplos que ilustran este imperativo occidental de siempre tener que avanzar. Preparar el mundo (ilusorio) del mañana mientras nos olvidamos de vivir (mejor) en el presente. Un demiurgo a imagen y semejanza de otros logros occidentales tales como la razón, la democracia y los derechos humanos. *La noción del espacio es centrípeta, también más horizontal (noción de izquierda y derecha), propicia a la extensión, a una mayor intimidad y vida privada (sociedad individualista).*

Por el contrario, para los asiáticos, el espacio es más interior que exterior; a los ojos del pensamiento indo-hindú, hay un quinto elemento que se suma a los cuatro que son la tierra, el fuego, el agua y el viento, y este es el espacio. Es precisamente en el espacio donde todo se forja, se teje y se construye. La trama del mundo necesita un eje central y espacio a su alrededor. El eje central es el corazón sin el cual ningún mundo puede vivir. En Asia, generalmente hay cinco puntos cardinales, a los cuatro clásicos, es decir, norte, sur, este y oeste, añadimos el centro. Así, el "medio" es lo que regula los alrededores y controla las mentes retorcidas. Los chinos, voluntariamente encerrados en el corazón del "imperio del medio", que lleva su nombre maravillosamente, hacen que cada día sea una experiencia enriquecedora o amarga. Esto depende. En el oriente, el centro adquiere todo su significado, y lo micro es a la imagen de lo macro. Por ejemplo, en el nivel espiritual, simbólico, pero también político, la "ciudad prohibida" (la sede tradicional del poder imperial) está en el corazón de Beijing, que a su vez está en el corazón del imperio chino. En Java, en Indonesia, la geografía sagrada sitúa el *kraton* (palacio real) en el centro de la ciudad de Yogyakarta, que a su vez se encuentra en el centro del eje que une el poderoso volcán Merapi y el océano donde reside Nyai Roro Kidul, la diosa de los mares del sur. La gestión del espacio es el garante del orden tanto divino como humano. En Asia, el poder es por lo tanto sagrado o no lo es. Esto también explica un cierto "atrincheramiento" para retirarse a su propia tierra en lugar de explorar el mar abierto. La interrupción de las expediciones navales chinas en las costas africanas o la construcción de la famosa muralla china dan fe de estas elecciones culturales y políticas. *La noción del espacio es centrífuga y también más vertical (noción de arriba y abajo), lo que favorece el ensimismamiento, una menor intimidad y vida privada (sociedad holística).*

Aplicadas al ámbito del turismo, la concepción y, más aún, la práctica del espacio, no son las mismas si somos occidentales o asiáticos. La percepción de los paisajes culturales y naturales difiere, al igual que los tipos y ritos turísticos, la noción de aventura o el estilo de actividades durante una estadía en el mar. Sobre todo, en lo que respecta al número de visitantes, se observa generalmente que los turistas asiáticos (esto es particularmente cierto para los turistas indios que viajan principalmente dentro de la propia India) desean descubrir su propio país, mientras que los viajeros occidentales desean desde hace mucho tiempo explorar otros territorios y culturas diferentes a las suyas. Evidentemente, el poder adquisitivo de los hogares asiáticos tampoco permite a muchos, por el momento, considerar viajes costosos al extranjero, y muchos occidentales han preferido en los últimos años, por diversas razones, "volver a centrarse" en estadías más cortas cerca de casa. Sin embargo, aunque estas realidades económicas y sociales ponen en perspectiva el hecho de que los asiáticos prefieren viajar en su país y los occidentales prefieren viajar en otros países, esta situación parece seguir dominando por el momento, a tal punto que los estudios sobre el llamado turismo nacional (o *domestic tourism* para los anglófonos) se están multiplicando, y hasta ahora habían estado más bien ocultos o minimizados.

La rápida evolución en los usos del tiempo y el espacio desvanece las señales, y cuando el turismo está en todas partes, no está en ninguna parte. La mochila, que se lleva "a la ciudad", es un buen ejemplo. Un estudiante o un profesor de los sesenta se sorprendería de ver a su actual alter ego, sin mencionar la ropa, el bolso de cuero ha desaparecido (casi completamente) de las aulas, a menudo reemplazada por una pequeña mochila. Sin embargo, sin una salida

apresurada en vacaciones, la mochila se ha convertido en la herramienta de transporte de la persona sedentaria, al igual que el discman, y el celular u otro teléfono *nómada*. También vamos a surfear en los sofás, sin resignarnos a jugar a ser *couchpotatoes*, esos sedentarios hastiados tumbados todo el día frente al televisor, sino viajando a un costo menor practicando el *couchsurfing*, una nueva forma popular y original de viajar con mochila, especialmente adaptada en tiempos de crisis, que es particularmente popular entre los jóvenes que aman la Internet y que carecen del poder adquisitivo necesario.

Sin embargo, antes de esta era turística global podíamos distinguir tipos y mitos que están en el origen del mundo de los viajes de hoy. El turismo social precedió al turismo consumista, que a su vez precedió al turismo elitista. Estas tres fases del turismo tienen lugar a lo largo de medio siglo y también se refieren a *habitus* culturales muy específicos.

En el *turismo social*, que tuvo su apogeo en la inmediata posguerra de 1945, encontramos las tres funciones principales del ocio, las famosas "3 D" (por sus iniciales en francés) definidas en los años 60 por el sociólogo Joffre Dumazedier (1993), es decir, el *descanso*, el *entretenimiento* y el *desarrollo de la personalidad*. Estas tres funciones están presentes en primer lugar con el objetivo de "liberar" al turista de una carga pesada. Se trata de liberarle de la fatiga, el aburrimiento y el formateo del pensamiento/acción diaria respectivamente. Por lo tanto, esta liberación temporal debe liberar al sujeto de la rutina que lo debilita. Este *turismo social* forma parte del deseo de reconocer y apoyar la *cultura popular* en una época de la historia en la que los movimientos sociales y los intelectuales de izquierda estaban en alza. La idea de moda en ese momento era *el turismo para todos*.

En la fase de *turismo consumista* tenemos un turismo que se desarrolla como resultado del crecimiento, pero también de la revolución de costumbres, de los años 60 y especialmente de los 70, y encontramos los tres aspectos esenciales que están en línea con la sociedad de consumo, las famosas "3 S", *sun, sand and sea* (sol, arena y mar). Estas tres claves de la felicidad, generalmente el verano y la costa, se supone que deben provocar, en particular, *una regeneración del pequeño trabajador incansable*, pero también deben conducir a *la abolición del libre gasto de las prácticas tradicionales en favor del gasto comercializado* (en francés en el original), como lo dice Alain Corbin en su introducción al libro *L'avènement des loisirs* (2001). No es una revelación decir que una cuarta "S", que hoy en día tiene un éxito claro y controvertido, se ha impuesto, en fin, se ha añadido muy rápidamente, pegada a las tres anteriores, es decir, sexo. Este *turismo consumista* forma parte de un deseo de acceso al consumo y sobre todo al entretenimiento para el mayor número, y en primer lugar para las entonces emergentes clases medias, es la *cultura de masas* la que está en el punto de mira. Su valorización llevará al crecimiento de lo que se llamará, hasta hoy, *turismo de masas*.

En el *turismo elitista*, que es mucho más reciente, y que ha aparecido desde principios de los años 90 a raíz de la conferencia de Río (en 1992) y de los primeros análisis críticos de la degradación del turismo de masas en distintas partes del mundo, encontramos aquí las prerrogativas vinculadas al desarrollo sostenible aplicadas en el contexto del turismo internacional (véase también la carta de la OMT sobre el turismo sostenible de 1995). Un turismo responsable, equitativo, solidario, etc., está en ciernes, y las consideraciones ambientales, económicas y sociales se están volviendo esenciales, así como las nociones de patrimonio natural y cultural, y por supuesto, el todavía limitado entusiasmo por el ecoturismo. Este tipo de turismo, que interesa principalmente a las clases acomodadas y educadas, puede (y está, parcialmente, en el proceso de hacerlo) producir un "efecto de bola de nieve" con otras formas y ofertas más tradicionales de turismo. El *greenwashing* y otras estrategias de *marketing* ya están en marcha para recuperar, instrumentalizar o simplemente desacreditar lo que sigue siendo sostenible en una industria depredadora que, desde su creación, ¡no ha dedicado nada a la inversión social o humanista! Este *turismo elitista* forma parte de un deseo de distinción que se reavivó desde el ya mencionado triunfo del liberalismo al principio de los años 90. No es

solo el retorno de una cultura burguesa tradicional, sino también de la valorización de una nueva *cultura aristocrática*, que se caracteriza por el desarrollo de nuevos nichos turísticos, como el turismo de lujo, el ecoturismo, el turismo de bienestar, etc. La palabra clave, devaluada a más no poder y constantemente destacada, es el *turismo sostenible*.

Dos mitos completan este cuadro. Al inyectar el espíritu de los viajes en el corazón de la industria del turismo, también se validan las orientaciones sociales o intelectuales para cada estilo de turismo y período en cuestión.

1. **El mito *beatnik* y sus avatares, con iconos literarios** de Nicolas Bouvier a Jack Kerouac, desde finales de los años 40 hasta mediados de los 60. El símbolo de este mito es la *carretera* que lleva a las Indias de las especias, pero también la que conduce a una mayor libertad, una búsqueda que es, por lo demás, más individual que colectiva que se adquiere a través de los viajes y las revoluciones mentales y culturales en curso. El *comeback*: más tarde, en los años 80 y 90, este mito *beatnik* tuvo un fuerte regreso, retransmitido por los medios de comunicación, especialmente el cine, con la *carretera* todavía en la mira, y ahora con la forma más o menos comercial del turismo de aventura y la mediatización de nuevos aventureros. Es el individualismo lo que prevalece, la actuación, pero también el rito de iniciación, la búsqueda de sentido y reconocimiento.
2. **El mito *hippie* y sus evoluciones, con sus revoluciones sociales**, musicales y políticas, sus héroes que son otras tantas invitaciones a viajar (el Che Guevara es sin duda el mejor ejemplo, pero también lo son los festivales como Woodstock o películas como *Buscando mi destino* o *More*). La *carretera* y la libertad son omnipresentes, pero tal vez lo es aún más *la liberación* de los pueblos y las conciencias. Aquí, la búsqueda existencial es, sobre todo, colectiva. El viaje no sólo nos lleva a Goa y Katmandú, sino también a Ardecha o Summerhill. Surgen temas de autonomía y medio ambiente y, finalmente, el "regreso a casa" es una premisa del actual "turismo de proximidad". El desarrollo personal, al igual que el prolífico sector del bienestar, tiene, sin embargo, sus raíces en esta época dominada por la acción colectiva. El *comeback*: recientemente, desde el comienzo del tercer milenio, este mito *hippie* ha estado disfrutando de un renacimiento debido a la situación internacional, las amenazas ambientales y los movimientos antiglobalización. La crisis invita al decrecimiento y la ecología política se está revitalizando; por supuesto, lo eco y lo bio nos recuerda a los "bubos" (burgueses bohemios), pero la tendencia de "regreso a la tierra" también conocen la meseta de Larzac, a la que responden el negocio de segunda residencia y el negocio de turismo patrimonial y turismo de proximidad.

CONCLUSIONES

En *Paradis verts*, Jean-Didier Urbain (2002) analizó el entusiasmo que tenían los nuevos veraneantes por el campo reinventado y la naturaleza domesticada. Por su parte, Pascal Dibie (1979) etnografió su *aldea redescubierta* señalando la evolución de toda una comunidad en un espacio-tiempo repensado a la luz de la globalización, o más bien la aldea globalizada. De la tendencia a visitar las regiones, desde las visitas a las granjas hasta el turismo solidario,

existe una cierta forma de recurrir a la comunidad en tiempos de crisis de identidad, así como el resurgimiento de eventos culturales y festividades colectivas que se supone contribuyen a la renovación de los lazos sociales.

En el caso de Europa, y especialmente en el de Francia, podemos observar interesantes e instructivos desarrollos recientes en las relaciones ciudad-campo. Se trata de tres fases que revelan una sucesión de flujos, de ida y vuelta entre dos universos, e ilustran las transformaciones ciudad/urbanidad y campo/ruralidad que están en marcha. El éxodo rural tradicional, ese que es triste pero valorado en *La fin des paysans* de Henri Mendras (1971), ha llevado a relegar el campo, a caer en la nostalgia, esa nostalgia de tradiciones y hábitos de antaño, una visión de un mundo en perdicción y en vías de terminar su desarrollo y desaparecer. A través de sus preciosos documentales, Raymond Depardon ha explorado maravillosamente este fin anunciado, pero también ha esbozado retratos humanos de los últimos mohicanos que se aferran a su tierra como otros a las balsas. *Los campesinos y los jóvenes locales suelen salir del pueblo para ir a la ciudad. El campo se vacía y una forma de vida desaparece gradualmente.*

Asimismo, a través de los discursos ecológicos e incluso autonomistas de los años de florecimiento o de plomo, este mundo perdido (o tal vez solo olvidado), también dio paso a partir de los años 80 y sobre todo de los 90 a un nuevo entusiasmo, un renacimiento de la vida rural para algunos, en este caso el modo de *rurbanidad* y, por lo tanto, la instalación de neocampesinos en los rincones más pequeños de nuestros campos hasta ahora descuidados y destruidos. Aunque el canto del gallo y el olor del estiércol sean molestos, la vida rural está de moda, es la "vida real" comparada con la agotadora y sofocante vida en la ciudad. *Los ciudadanos y algunos jóvenes de ciudad se están trasladando al campo, donde la calidad de vida es más importante que una vida profesional estresante. El campo se está repoblando con nuevas personas, el mundo rural está renaciendo, pero de forma diferente.*

Se trata del gran retorno de la ciudad. La ciudad vuelve a ser "sexy", en particular gracias a un cambio de imagen en cuanto al desarrollo urbano (vida cultural, infraestructuras y viviendas repensadas y sobre todo espacios verdes y medios de transporte renovados con el fuerte resurgimiento del tranvía, la bicicleta, las zonas peatonales, etc.) El turismo urbano se infiltra en la brecha y experimenta un crecimiento sin precedentes en los últimos años. Debido a la RTT (reducción del tiempo de trabajo) y a otros acuerdos vinculados a la evolución del mundo del trabajo, las estancias cortas se están multiplicando y las principales beneficiarias son las ciudades, las del arte y la cultura. Las guías de viaje, especialmente las series de "fin de semana" sobre las ciudades de moda, dan fe de este éxito actual. Muriendo de aburrimiento, cansados de la vida al aire libre o, la mayoría de las veces, frustrados por la ausencia de toda vida cultural, algunos neocampesinos regresan a la ciudad. *Los campesinos intentan volver a la aldea cuando los lazos familiares permanecen, y los ciudadanos hacen lo mismo en la dirección opuesta. En general, ambos tipos de población, incluidos los ancianos de las aldeas, los que alguna vez fueron campesinos y regresan, los jóvenes aldeanos que regresan después de haber recibido formación en la ciudad, los neocampesinos asentados anteriormente y, finalmente, los neocampesinos recién llegados, se ven obligados a convivir más o menos en armonía, según el lugar. Sin embargo, el desafío ciertamente vale la pena.*

En la situación actual, no hay duda de que hay que temer enfrentamientos, pero la convivencia del mañana puede comenzar aquí, en estos campos revisitados, lejos del ruido y las luces de la ciudad. Incluso podría erigirse como un modelo de tolerancia y coexistencia pacífica entre las diferentes comunidades que se preservarán de la tentación de ser

comunitaristas, exclusivas y aisladas. Algunas ecoaldeas, y ahora también los ecobarrios en las llamadas ciudades verdes, ya reflejan un mundo que aún no se ha construido.

Un mundo en el que la vida se derivará en gran medida de la calidad dedicada a *vivir en él*. El *turismo de proximidad* representa una oportunidad para (re)descubrir una ruralidad que de ahora en adelante estará amarrada al corazón mismo de la modernidad.

* **Franck Michel** es antropólogo y presidente de la *asociación La Croisée des routes* www.croiseedesroutes.com. Autor, en particular, de *Désirs d'Ailleurs* (2004), *Voyage au bout du sexe* (2006) y de *Routes. Eloge de l'autonomadie* (2009), todos publicados por el PUL de Quebec. Último libro publicado: *Voyages pluriels*, ed. Livres du monde (2011). Más información en : [livres](#).

Bibliografía

Amirou, Rachid et Philippe Bachimon (2000), *Le tourisme local : une culture de l'exotisme*, París, L'Harmattan.

Augé, Marc (1997), *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, París, Flammarion.

Barthes, Roland (1970), *Les Mythologies*, París, Seuil.

Bouvier, Nicolas (2008), *L'œil qui écrit*, París, Payot.

Burns, Peter (1999), *Introduction to Tourism and Anthropology*, Londres, Routledge.

Cazes, Georges (1998), « Tourisme et développement : du modèle intégré au modèle soutenable », en *Tourismes, touristes, sociétés*, París, L'Harmattan, pp. 97-105.

Cazes, Georges (1992), *Tourisme et tiers-monde : un bilan controversé. Les nouvelles colonies de vacances ?*, París, L'Harmattan.

Clastres, Pierre (1974), *La société contre l'Etat*, París, Minuit.

Cousin, Saksia, Réau, Bertrand (2009), *Sociologie du tourisme*, París, La Découverte.

Cohen, Erik (1979), « Rethinking the Sociology of Tourism », *Annals of Tourism Research*, Washington, Elsevier.

Corbin, Alain (2001), *L'avènement des loisirs: 1850-1960*, París, Flammarion.

Crick, Malcolm (1989), « Representations of International Tourism in the Social Sciences », *Annual Review of Anthropology*.

De Kadt, Emanuel (1979), *Tourism, passport to development?* Nueva York, Oxford Uni. Press.

Deleuze, Gilles, Guattari, Félix (1980), *Mille plateaux: capitalisme et schizophrénie*, Paris, Minuit.

Dibie, Pascal (1979), *Le village retrouvé*, Paris, Grasset.

Finney, Ben, Watson, Karen (1975), *A new kind of sugar. Tourism in the Pacific*, Honolulu, East-West Center Press.

Graburn, Nelson (1983), « The evolution of tourist arts », *Annals of Tourism Research*, Washington, Elsevier.

Gros, Frédéric (2009), *Marcher, une philosophie*, Paris, Carnets nord.

Izzo, Jean-Claude (1997), *Les marins perdus*, Paris, Flammarion.

Lévi-Strauss, Claude (1955), *Tristes Tropiques*, Paris, Plon.

MacCannell, Dean (1976), *The Tourist. A New Theory of the Leisure Class*, Berkeley, Uni. of California Press.

MacCannell, Dean (1973), « Staged authenticity: Arrangements of social space in tourist settings », *American journal of Sociology*, Chicago, The University of Chicago Press.

Michaud, Jean (2001), « Anthropologie, tourisme et sociétés locales au fil des textes », en *Anthropologie et Sociétés*, Montreal.

Michel, Franck (1998), « Des manières d'être et de faire du tourisme et de l'anthropologie, une rencontre impossible et/ou impensable », in *Tourismes, touristes, sociétés*, Paris, L'Harmattan, pp. 97-105.

Michel, Franck (2011), *Voyages pluriels. Echanges et mélanges*, Annecy, Livres du monde.

Michel, Franck (2004), *Désirs d'Ailleurs*, Quebec, Presses Uni. de Laval.

Michel, Franck (2006), *Voyage au bout du sexe*, Quebec, Presses Uni. de Laval.

Michel, Franck (2009), *Routes. Eloge de l'autonomadie*, Quebec, Presses Uni. de Laval.

Molstad, Arild. (2009), *Où partir avant qu'il ne soit trop tard ?*, Paris, La Découverte.

Nash, Dennison (1981), « Tourism as an Anthropological Subject », *Current Anthropology*, Berkeley.

Nash, Dennison (1996), *Anthropology of Tourism*, Nueva York, Kidlington.

OMT (1995), *Charte du tourisme durable de Lanzarote, Conférence mondiale du tourisme durable*, Lanzarote, 1995, PNUD.

Shiva, Vandana (1998), *Écoféminisme*, Paris, L'Harmattan.

Smith, Valene (1989), *Hosts and Guests. The Anthropology of Tourism*, Uni. of Pennsylvania Press, 1989.

Turner, Louis, Ash, John (1975), *The golden hordes. International tourism and the pleasure periphery*, Cambridge Uni. Press.

Tahon, Thierry (2005), *Petite philosophie du voyage*, París, Milan.

Urbain, Jean-Didier (2002), *Paradis verts: désirs de campagne et passions résidentielles*, París, Payot.

Urbain, Jean-Didier (2002), *L'idiot du voyage : histoire de touristes*, París, Payot.

Urry, John (2002), *The tourist gaze, Theory, culture & society*, Londres, Sage.